



EL BARCO
DE VAPOR

La doble vida del señor Rosenberg

Fabrizio Silei

Ilustraciones
de **Teresa Martínez**



sm

Primera edición: octubre de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *La doppia vita del signor Rosenberg*
Traducción del italiano: Mercedes Corral

© del texto: Fabrizio Silei, 2015
© de las ilustraciones: Teresa Martínez, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Francesca, mi mujer,
dulzor de mi vida,
estrella polar de mi barco.*

El infierno es el sufrimiento de los que son incapaces de amar.

FIÓDOR DOSTOYEVSKI,
Los hermanos Karamázov

El infierno de los vivos no es algo que está por venir; hay uno y ya está aquí, es el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos formas de no padecerlo. La primera es fácil para todos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el extremo de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige una atención y un aprendizaje constantes: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y hacerle espacio.

ITALO CALVINO,
Las ciudades invisibles

Por lo tanto, conserva la piedad en tu corazón para que no eches a un ángel de tu puerta.

WILLIAM BLAKE

PRÓLOGO

MI ABUELO ERA VIEJO. No sé cuánto, ¡pero lo era y mucho! Era tan viejo como Estados Unidos. Según él, había tenido muchos oficios y había recorrido un buen puñado de estrellas de la bandera. Había conocido a mafiosos y a dependientes de tiendas de comestibles, a policías y perros vagabundos, a blancos, negros, italianos y puertorriqueños, y después se había refugiado en Brooklyn, rechazando el ofrecimiento de su hijo de que se fuera a vivir con él.

«¡No quiero rollos! –había dicho–. Tú y tu mujer me daríais la tabarra y además el niño ya viene de camino. ¡Lloros, gritos, papillas! Estoy mejor solo».

Como yo estaba a punto de nacer, no quería ser una carga, pero no era de los que se andan con cumplidos. En sus últimos años era irascible y huraño, aunque es muy posible que siempre hubiera sido así.

Después llegaron los años cincuenta. Yo entonces era un chiquillo de unos doce años. Él, como ya he dicho, vivía en Brooklyn, donde compartía con dos gatos grises un piso pequeño y desordenado, situado sobre una

tienda de comestibles que con los años se había convertido en una freiduría cantonesa.

Cuando mi padre me soltaba algunos dólares y me pedía que fuera a visitarlo para no tener que ir él, me tocaba llamar durante un buen rato al timbre hasta que me oía y venía a abrirme. Toda su casa apestaba a gatos y a fritos y él se pasaba la vida despotricando contra «los jetas amarillos» del piso de abajo. Pero no era malo.

Había una niña cantonesa de apenas cuatro años que subía de vez en cuando con un pollo frito de regalo para él. Mientras nos lo comíamos, no hacía nada más que decir: «¡Son buena gente! No todo el mundo tiene unos vecinos así...», y se volvía muy afable durante toda la comida. Por la noche, sin embargo, ya digerido el pollo, volvían a ser para él «los jetas amarillos». Les habría destrozado el hígado con sus propios fritos repugnantes. Decía que los odiaba a todos, pero yo sabía que no era verdad. Al menos, no a la pequeña Yin Mei; mi abuelo adoraba a esa niña. La madre le pedía que subiera algo de comer al viejo de arriba y ella siempre volvía con algún regalo de mi abuelo. Casi siempre figuritas de jugadores de baloncesto de cuando era pequeño. Hoy esas figuritas valdrían bastante dinero. Espero que Yin Mei se comprara con ellas la dote, aunque me temo que acabaron en el cubo de la basura o pisoteadas en el suelo grasiento de la freiduría.

Eran aquellos tiempos en los que en la zona de Manhattan Bridge los alquileres costaban poco. Por la noche, desde la butaquita que el abuelo sacaba a la escalera

antiincendios para huir del calor bochornoso de agosto, podías disfrutar de una vista espectacular de la ciudad. Era mucho antes de que la zona empezara a crecer y se volviera selecta. Cuando todavía se paseaban por ella artistas y estudiantes sin blanca, obreros y desocupados. Antes de que las fábricas de papel y los almacenes fueran transformados en *lofts* y en espacios creativos para los nuevos ricos. Mi abuelo contaba muchas historias. A veces me costaba entenderlo porque la dentadura postiza le bailaba en la boca.

Me parece estar viéndolo mientras escribo. De pronto deja de despotricar de los cantoneses del piso de abajo y me mira directamente a los ojos. Lleva un viejo sombrero italiano en la cabeza y tiene la cara arrugada como el papel usado. Me apoya su huesuda mano en el hombro y me dice: «La historia que voy a contarte la conocen muy pocos. De esos pocos, muchos han muerto y otros la han olvidado. Sin embargo, yo la recuerdo perfectamente, como tú la recordarás tú cuando me la hayas oído».

Era una historia que yo creía haber olvidado junto a otras muchas que me contó entonces. Juro que no recordaba absolutamente nada de ella hasta hace unos días, cuando, al despertarme en mitad de la noche, con los ojos desorbitados en la oscuridad y mil pensamientos bulléndome incesantemente dentro de la cabeza, me vino a la memoria. Volví a ver a mi abuelo sentado en la butaquita de mimbre destrozada por los gatos. Se puso la dentadura postiza, miró hacia el Manhattan

de entonces y volvió a contarme toda la historia con pelos y señales.

Mi abuelo se habría puesto como una furia si yo hubiera dudado de su palabra. Esto fue lo que me dijo exactamente aquella vez: «Siéntate, que te voy a contar una historia... ¡una historia de verdad! Lo creas o no, así fue como sucedió todo».

Me senté a sus pies en el primer peldaño de la escalera antiincendios. Mirábamos fascinados la ciudad, que ardía en la puesta de sol y se iluminaba con miles de luces. Allí, mientras el cielo adquiría un color intenso y las nubes se arrebolaban en el horizonte como carbones ardientes, mi abuelo se explayó.

CORRÍA EL VERANO DE 1929, uno de los más calurosos del siglo. En Harlem y en Bowery la policía tenía que defender las bocas de riego de las pandillas de chiquillos en busca de frescor. Por la noche, la gente dormía en los colchones que sacaban a las escaleras antiincendios.

Entonces en Nueva York, en el corazón de los Estados Unidos del *boom*, todos conocían los grandes almacenes Rosenberg, que ocupaban un inmenso edificio de cuatro pisos en la calle 34, en medio de la ciudad. Siete grandiosos escaparates en una de las calles más exclusivas de la Gran Manzana ofrecían a precios bastante módicos una gran variedad de mercancías, que iban desde una cubitera a unos palos de golf, pasando por muebles, comestibles, figurillas y tejidos para todos los gustos.

«¡Haz que tu vida sea perfecta con Rosenberg!» era el lema publicitario que se leía en los carteles pegados por todo Estados Unidos. Los dependientes de los almacenes Rosenberg & Rosenberg eran famosos por su elegancia, belleza y amabilidad. Ninguna chica que estuviera por debajo del metro sesenta y cinco y no lu-

ciera una sonrisa perfecta podía aspirar a que la contrataran; ni siquiera para la sección de empaquetado de regalos durante el periodo navideño.

En Rosenberg todo tenía que ser perfecto. En «Rosenberg» a secas, porque el padre hacía tiempo que había pasado a mejor vida y su apellido, que unido al de su hijo daba nombre a la marca, había desaparecido del letrero. Los vigilantes de la entrada eran perfectos y tan idénticos que parecían gemelos; todos eran de mediana edad, con gesto alerta y bonachón, y los bigotes bien rizados; los cristales estaban tan brillantes que había que tener cuidado de no chocarse con ellos. El director era la viva imagen del típico inmigrante alemán: exco-



ronel de la Primera Guerra Mundial con su monóculo y todo, porte marcial, corte de pelo impecable y levita *stiffelius* abotonada como la de un financiero.

Cada día, desde que amanecía hasta que anochecía, o mejor dicho, desde que subían los cierres hasta que los bajaban, un continuo vaivén de hombres, mujeres y niños animaba aquellas puertas, obligando a los porteros a pronunciar miles de *Good morning!* y *Good evening!*

Señoras con chóferes cargados de paquetes y paquetitos, madres con niños, transeúntes y pobres diablos en busca de una bufanda o de un par de zapatos hacían sonar incesantemente los timbres de las cajas registradoras y un río de dólares fluía de sus bolsillos a los gran-



des y espaciosos del señor Rosenberg, uno de los hombres más ricos de Estados Unidos: un mago de la gran distribución y de las altas finanzas.

A aquellos grandes almacenes de Nueva York había que añadir todas las filiales, solo un poco más modestas, que él había fundado en las principales ciudades americanas; además de su *holding*, de sus negocios de importación y exportación y, sobre todo, del crecimiento vertiginoso de sus especulaciones financieras, que le habían convertido en lo que era.

Solo, viudo desde hacía ya muchos años y sin hijos, el señor Rosenberg vivía en el piso superior de los grandes almacenes neoyorquinos. Con alrededor de sesenta años, no demasiado alto, casi calvo y con una prominente barriga que le dificultaba los movimientos, pasaba sus días aislado en su gran despacho, sentado en la amplia escribanía forrada de piel florentina detrás de la cual destacaba un gran retrato al óleo de su padre. Retrato que ahora, a causa del increíble parecido, todos pensaban que era suyo. Desde aquella mesa, el último de los Rosenberg gritaba, impartía órdenes telefónicas a sus delegados repartidos por todo Estados Unidos y parte de Europa, controlaba la marcha de sus títulos en Bolsa, dictaba cartas a su secretaria, la añosa señorita Dix, y masticaba sus cigarros cubanos preferidos, a cuarenta dólares la docena.

Su única distracción, su único placer, aparte de saberse cada día uno de los hombres más ricos del mundo, era su valioso ajedrez de mármol de Carrara.

Joseph Rosenberg, a quien sus empleados temían más que a la enfermedad y la muerte y consideraban intratable y taciturno, había decidido ya desde hacía muchos años que sus grandes almacenes debían ser un lugar en el que las imperfecciones de la existencia se anularan para dar vida a un mundo artificioso y perfecto en el que la enfermedad y la muerte no tenían cabida; ni tampoco la pobreza y la desgracia. Para conseguir ese lugar idílico, había dictado unas normas muy rígidas y contratado al coronel Zimmerman como su fiel mastín, capaz de hacerlas respetar a toda costa.

Solo con que una empleada confiara a un cliente que le dolía un poco la espalda, se arriesgaba a ser despedida en el acto.

—¡A los clientes no les interesa su dolor de espalda, señorita! Si le preguntan qué tal está, usted debe sonreír y responder: «¡Estupendamente!»». En los almacenes Rosenberg no existen problemas de ningún tipo. ¡Es imposible sentir dolor alguno aquí dentro! ¡Aquí dentro se es feliz! Trate de recordarlo la próxima vez, ¡o no habrá una próxima vez!

Cuando el coronel pasaba revista con mirada implacable a los cincuenta empleados de los grandes almacenes, todo debía ser perfecto. En el último mes había hecho llorar a quince dependientas y a cinco cajeras, y despedido al viejo vigilante John, el italiano, a causa de la caspa que desmerecía su uniforme azul oscuro.

—A mi edad no encontraré otro trabajo. Tengo casi sesenta años, ¿qué voy a hacer si tengo caspa? ¡Tengo

mujer y un hijo de doce años! –había protestado el pobre hombre. Pero Zimmerman le había mirado de arriba abajo y dicho cínicamente que tampoco era culpa suya; la imperfección debía ser proscrita de los almacenes Rosenberg. Lo demás no le concernía.

Al día siguiente, un señor casi idéntico, pero sin caspa y de origen irlandés, había sustituido al viejo John en la entrada de los grandes almacenes. Los clientes ni siquiera se dieron cuenta.

Por ese motivo, aunque muchos de los empleados nunca hubieran visto al fatídico señor Rosenberg, que flotaba sobre sus cabezas en el último piso, habían empezado a temerlo y a detestarlo profundamente. Lo único que todos conocían de él era su voz, porque resonaba por la mañana en los diferentes altavoces repartidos por toda la tienda. Débil y casi burlona, les decía: «Bienvenidos, señores. Comienza otro día en los grandes almacenes Rosenberg. ¡Hagan que sea un día perfecto! Buen trabajo a todos y... ¡que sean felices!».

¡Qué hipócrita! Un día perfecto. ¿Cómo podía ser perfecto ningún día, sabiendo que una horquilla fuera de su sitio, una mancha de café en la corbata o un zapato no lo suficientemente brillante podrían costarles el puesto de trabajo?

De hecho, el coronel no estaba solo, tenía sus delatores: ojos y oídos por doquier dispuestos a dar el chivatazo en cualquier momento. Los empleados no sabían de quién podían fiarse o con quién podían cruzar unas palabras sinceras. Ni siquiera se atrevían a pedir prestado

un quitamanchas o un peine. De este modo, cada uno de los trabajadores se lo guardaba todo para sí mismo. Cada empleado de sonrisa perfecta estaba solo y maldecía para sus adentros al viejo loco del último piso, al amo y a su mastín, el terrible coronel que en los grandes almacenes hacía y deshacía a su antojo.

Eran los años de entreguerras, en los que, a pesar del *boom* de las Bolsas, el incremento de las ventas y la prosperidad que se anunciaba sin fin, había quienes se empeñaban en ser pobres. Nueva York siempre había estado plagado de mendigos y, desde la apertura del gran almacén, muchos de ellos se habían lanzado sobre esa calle como moscas a la miel. Pedían limosna cerca de la entrada.

Cuando Rosenberg se enteró, la angustia se apoderó de él.

—¿Cómo? ¿Mendigos en el exterior de nuestros almacenes?

¿De qué servía que su padre y él hubieran dispuesto que cada niño que entrara en la tienda con sus progenitores recibiera una piruleta o una tira de regaliz, si luego sus clientes, al salir, eran molestados por esa escoria que los devolvía de pronto a la vida y sus imperfecciones? Esto provocó que Rosenberg hijo dispusiera en las esquinas del gran edificio dos policías privados que estarían allí de forma permanente, con la orden de alejar a cualquiera que pudiera parecer un mendigo. Muy pronto, los dos esbirros se habían vuelto tan hábiles que eran capaces de distinguir perfectamente entre

los obreros y los hombres pobres que se acercaban al gran almacén para comprar, y los verdaderos mendigos. Tras correrse la voz, los mismos mendigos dejaron de ir por allí.

Así eran los grandes almacenes Rosenberg y así transcurría la vida en ellos, hasta que un día sucedió algo realmente increíble: el coronel Zimmerman, por primera vez en su vida, enfermó. Como era algo raro, nadie pensó en reemplazarlo. Además, ¿cómo podía ser reemplazado un hombre así?

SIN EL CORONEL, los días comenzaron a ser más serenos, con sonrisas más sinceras. Solo pesaba la amenaza de que regresara, pues con él todo volvería a ser como antes.

Fue uno de esos días cuando ocurrió. Si hubiera estado el coronel, jamás lo habría permitido, y tampoco con John se habría cometido jamás una ligereza así. Pero como el coronel estaba enfermo en su casa, aquejado de una tremenda disentería, y a John el italiano lo habían despedido... Sucedió de esta manera: mientras el señor Rosenberg jugaba una partida de ajedrez telefónica con un magnate de Ámsterdam, le pasaron una llamada por la línea interna, la que conectaba los grandes almacenes con los despachos y los pisos superiores. Joseph Rosenberg respondió de mala gana y así fue como empezó todo.

—¿Quién se atreve a molestarme mientras juego al ajedrez? —tronó.

El nuevo vigilante, que era inexperto, aunque, eso sí, no tenía caspa, había buscado la guía de teléfonos y había considerado oportuno llamar al propietario para resolver el asunto.

Ante aquella respuesta tan brusca, tuvo el impulso de colgar, pero al final balbució: «Se... se-ñor Rosenberg. El director está enfermo... Hemos atrapado a una ladronzuela. ¿Qué hacemos con ella?».

«¿Y a mí qué me cuenta? ¡Llamen a la policía!», hubiera respondido de buena gana el señor Rosenberg. Pero en lugar de eso, no se supo por qué, respondió:

–¡Tráigamela aquí arriba! ¡Quiero ver con mis propios ojos a quien se atreve a robarme!

–¡Eh! ¡Déjeme, déjeme! ¡No he hecho nada! –gritaba la niña maldiciendo al vigilante, que la arrastraba al ascensor tirándola del brazo.

Cuando el ascensor se cerró, Brendan, el vigilante que había sustituido a John, se preguntó cómo había podido enojarse con una niña. Pero le bastó mirarla a la cara para volver a sentir una terrible antipatía hacia ella: ¡esa chiquilla de ojos maliciosos era fea! O, mejor dicho, tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida, pero también tenía cara de... ¡Tenía cara de conejo!

–¿Qué mira? –le pinchó la niña–. ¿Es que no ha visto nunca un labio leporino?

El hombre reaccionó justo en el momento en que las puertas del ascensor se abrieron y apareció la gran puerta blanca e inmaculada del apartamento despacho del señor Rosenberg.

No sin cierta sujeción y bastante alarma, el vigilante alzó la mano y pulsó el gran timbre de latón, reluciente como el oro.

«Pero ¿qué me sucede? –pensó–. ¿Cómo se me ocurre traer a este conejo vestido de harapos ante el señor Rosenberg? ¿Cómo voy a meter a esta mocosa en su lujoso apartamento?», y tragó saliva a la vez que sentía un sudor frío, porque en ese momento tuvo la certeza de que su perniciosa ocurrencia le costaría el puesto.

Se abrió la puerta y una doncella se quedó boquiabierta mirando a la niña, con una expresión entre el espanto y el estupor. Después lanzó al hombre una mirada de desaprobación y meneó la cabeza, como si el nuevo vigilante hubiera subido con una gran rata de alcantarilla en brazos. La niña observaba todo con interés y curiosidad; nunca era la primera en bajar los ojos si se la miraba a la cara y, lo que era peor, demostraba no sentir ningún miedo por lo que le estaba sucediendo.

–El señor Rosenberg me ha dicho que le traiga a esta... –explicó.

Y la mujer, escéptica, después de ordenarles que se limpiaran los zapatos en el felpudo, los condujo por un largo pasillo adornado con esculturas de mármol blanco como la nieve. Bajo los pies de la niña, una blanda alfombra, tejida a mano por otros niños de un país lejano, representaba historias de caza y fábulas de aves y jinetes persas. Llamaron a la puerta y, una vez recibida la confirmación, fueron presentados.

–Es el vigilante con... la... ni.... ña –explicó la doncella.

–¡Haga pasar a la ladrona y que el vigilante espere! –ordenó Rosenberg.



La niña fue empujada adentro y la doncella cerró la puerta.

—¡Hala! ¡Qué barbaridad! —exclamó la pequeña ante el lujo de aquel despacho. Ese señor tan gordo debía de estar forrado y aun así se enfadaba con una niña por una simple barrita de pan.

Rosenberg ni siquiera la miró y le hizo un gesto con la mano para que esperara. Estaba inclinado sobre un ajedrez apoyado en una mesita blanca de modernistas patas finas situada en el centro de la habitación. Reflexionaba observando las piezas de mármol reluciente, con el auricular negro del teléfono pegado a la oreja.

—¡Buena jugada! ¡Buena jugada, amigo mío! Pero no creas que me vas a hacer tirar la toalla —dijo irritado a su interlocutor.

La niña se acercó y se puso a dar vueltas alrededor sin dejar de mirar el tablero de ajedrez. Para el señor Rosenberg era como si no existiera.

Se puso rojo, se frotó el rostro.

—¡Viejo canalla! ¡Déjame pensar con calma! —dijo—. ¡Te vuelvo a llamar dentro de unas horas! —y colgó, poniendo fin a la carcajada que se oía al otro lado de la línea.

—¡Esta vez ese judío infame me ha puesto contra las cuerdas! —dijo Rosenberg, olvidándose de que él también era judío.

Fuera, la doncella ofrecía un café al nuevo vigilante y le reprochaba su actitud con ásperas palabras:

—¡Debe de haberse vuelto loco! Cuando vea su ropa y esa cara tan fea la mandará detener o disolver en ácido. ¿Cómo se le ha ocurrido subir a esa basura?

No lo sabía, ni siquiera él mismo lo entendía. Había visto a la niña meterse debajo del abrigo una barra de pan y la había agarrado del brazo. Ella se había vuelto, y él, al verle la cara, la había detestado en el acto. Lo demás había venido rodado, como en los sueños. Se había visto descolgando el teléfono y llamando al despacho. Una cosa de locos, pero el director no estaba...

Ahora miraba sin cesar el reloj y la tacita de café le temblaba en la mano mientras pequeñas gotas de sudor aparecían y proliferaban como setas en su frente arrugada.

Dentro, la niña extendió su mano sucia y delgada hacia el ajedrez, cogió delicadamente a la reina blanca y la movió.

Rosenberg la miró incrédulo, indignado, y formuló una terrible reprimenda para sus adentro, pero no le dio tiempo a ponerle voz porque la chiquilla dijo:

—¡Mate!

—¿Cómo? —preguntó Rosenberg ofendido.

¡No contenta con robarle, se permitía también tocar su ajedrez y decirle que mate!

—¡Jaque mate! —explicó mejor la niña, y solo entonces él se dio cuenta del sentido de su jugada. Examinó el tablero con los ojos como platos y se quedó boquiabierto, incrédulo.

–¡Atiza! ¡Tienes razón! –admitió muy satisfecho y, mientras tanto, saboreó por adelantado la dicha de llamar al holandés para comunicarle la jugada ganadora–. Pero... pero... –farfulló. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de ese movimiento?–. Entonces, ¿sabes jugar al ajedrez? –preguntó a la niña con cara de conejo.

La niña asintió.

–¿Te apetecería echar una partida?

La niña volvió a asentir.

Rosenberg llamó a la doncella, le ordenó traer una silla más alta, se apuntó el movimiento ganador para llamar luego a Europa y volvió a colocar las piezas en el tablero, temblando de impaciencia.

–¿Nos jugamos algo? –preguntó la niña.

Rosenberg la miró escéptico y rio divertido mirándola de arriba abajo.

–¿Y qué te gustaría jugarte? –preguntó irónico.

ESA MISMA NOCHE, el señor Rosenberg pidió a su chófer que le llevara al club para asistir a una fiesta: la presentación del último libro de un conocido escritor. Rosenberg no solía prestar atención a ese tipo de cosas porque le parecían sandeces. Pero esa noche tenía ganas de salir, de ver gente, de fumarse un buen cigarro y de no pensar en nada, salvo en el ajedrez. En el club podría hablar de acciones, de los títulos que subían y de las prodigiosas ganancias que estaba teniendo, y recuperarse así del cansancio del día y de todo lo que le había sucedido al final de la tarde.

A esa hora, circulando por las calles de la gran ciudad ya iluminada por las luces artificiales, Rosenberg, hundido en el cómodo asiento trasero de la limusina, miraba ceñudo por la ventanilla. A través de ese cristal veía la ciudad: gente que entraba y salía de los cines, letreros, transeúntes, callejuelas, aceras, locales, clubes nocturnos de moda, una vieja prostituta, y aquella música que desde hacía un rato envolvía la ciudad como